

El debate en torno a la economía política de *El Moderno Sistema-Mundial*^a

I M M A N U E L W A L L E R S T E I N *

FECHA DE RECEPCIÓN: 19/08/2011; FECHA DE APROBACIÓN: 05/03/2010

RESUMEN: Este ensayo expone una sucinta pero profunda evaluación panorámica de la totalidad del debate suscitado en torno al *magnum opus* de Immanuel Wallerstein: *El Moderno Sistema-Mundial*. Una obra cuya trilogía ha sido traducida a más de 20 idiomas y que está por ampliarse con la publicación de su Vol. IV –aunque aquí el autor informa que el programa de su proyecto abarca hasta 7 volúmenes–. Wallerstein clasifica en tres tipos las críticas de que ha sido objeto: críticas principales, críticas mínimas y revisionismo sobre el análisis de los sistemas-mundo. Y se dedica a evaluar el impacto que ellas le propiciaron y las contestaciones que ha forjado para cada una. Construye un balance panorámico de la rica discusión desatada en torno a la que, sin duda, es una de las obras más relevantes en la historia de la ciencia histórico-social moderna.

Palabras clave:

- Moderno Sistema-Mundial
- economía-mundo
- sistema-mundo
- Wallerstein

ABSTRACT: This essay presents a brief but thorough overview of the discussion about the Immanuel Wallerstein's *magnum opus: The Modern World-System*. A work whose trilogy has been translated into over 20 languages and soon will be extended with the publication of Volume IV –though here the author reports that the program of his project includes up to 7 volumes. Wallerstein classified into three types the criticism that has been submitted his work: main criticism, minimum criticism and revisionism about the analysis of world-systems. He dedicates to evaluate the impact that they had it on him and replies that he prepared for each one. He builds a panoramic balance about the rich discussion unleashed around this work that, no doubt, is one of the most important in the history of modern social and historical science.

Keywords:

- Modern World-System
- world-economy
- world-system
- Wallerstein

^a Traducción realizada por Luis Arizmendi y Fernando González.

* Investigador-profesor de la Universidad de Yale. Principal teórico del análisis del sistema-mundo. Su obra desde la presidencia del Fernand Braudel Center de la State University of New York constituye uno de los principales puntos de referencia de la producción historiográfica a nivel mundial. Tan sólo en la última década, ha publicado *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido*, Siglo XXI, 2001; *Las Incertidumbres Del Saber*, Gedisa, 2004; *Estados Unidos confronta al mundo*, Siglo XXI, 2005; *La decadencia del poder Estadounidense. Estados Unidos en un mundo caótico*, Lom Ediciones, 2005; *Análisis de los sistemas-mundo. Una introducción*, Siglo XXI, 2006; “La trayectoria del poder Estadounidense”, en *New Left Review*, N° 40, Septiembre/Octubre, Akal 2006; *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema-mundo*, Kairos, 2007; *Universalismo europeo. El discurso del poder*, Siglo XXI, 2007; “Leer a Fanon en el siglo XXI”, en *New Left Review*, N° 57, Julio/Agosto, Akal 2009; “Crisis estructurales”, en *New Left Review*, N° 62, Mayo/Junio, Akal 2010.

El Moderno Sistema-Mundial fue publicado en 1974, aunque en realidad fue escrito entre 1971 y 1972. Fue debido a que tuve algunas dificultades para encontrar editor. El libro trataba acerca del siglo XVI y abordaba un tema virtualmente desconocido: la economía-mundo, concepto que se escribe deliberadamente con un guión. Era largo y tenía una enorme cantidad de notas de fondo a pie de página. Cuando apareció, un crítico poco amistoso, se quejó de que las notas a pie lo arrastraron de arriba a abajo de la página. Finalmente, *Academia Press* y su entonces editor consultor, Charles Tilly, decidieron darle una oportunidad colocándolo en su nueva serie de ciencia social.

Cuando apareció, su recepción sorprendió a todos, en particular, al editor y al mismo autor. Recibió críticas favorables en *The New York Times Sunday Book Review* y en *The New York Review of Books*. En 1975, recibió el premio de la *American Sociological Association* por la mejor publicación académica. En ese momento, el reconocimiento era llamado el *Sorokin Award*. El premio fue tan inesperado que ni siquiera me encontraba presente en la sesión en la que fue anunciado. El libro se tradujo rápidamente a un gran número de idiomas. Se vendió muy bien para ser una monografía académica. Desde cualquier punto de vista, fue un éxito.

Sin embargo, resultó enseguida que era también un libro sumamente controversial. El libro recibió aplausos maravillosos, pero también fue objeto de críticas muy vigorosas, que vinieron de muchas escuelas diferentes. Treinta y cinco años después de la publicación inicial, es valioso revisar esas críticas. ¿Cuáles eran sus fuentes? ¿Qué tan bien han sobrevivido? ¿Qué pienso hoy acerca de su validez? ¿Cómo han influenciado en los volúmenes sucesivos?

Debo señalar que, desde un inicio, existía un trasfondo particular en esas críticas. Yo era un sociólogo profesional.

Este libro les parecía a muchos una obra de historia económica. Al menos a principios de los setenta, se suponía que los sociólogos no deberían interesarse en escribir sobre el siglo XVI o sobre temas que competen a los historiadores de la economía. Los historiadores, por otra parte, se mostraban cautelosos ante los intrusos procedentes de otras disciplinas, sobre todo si recurrían, tal como hice, casi exclusivamente a las así llamadas fuentes secundarias. Aún más, el libro se ocupó centralmente de relaciones espaciales globales, lo que se supone es ámbito exclusivo de los geógrafos. Finalmente, entre los primeros entusiastas del libro, estuvo un grupo completamente inesperado: algunos arqueólogos. Así que, me pareció estar desafiando las categorías que definían el trabajo académico, evitando caer dentro de las veneradas casillas establecidas en las estructuras del conocimiento.

Debo comenzar esta discusión con mi propia percepción en torno al tiempo en que escribí el libro. Explicé en su Introducción cómo llegué a escribirlo. Estaba, casualmente, siguiendo una idea deficiente: ¿cómo las “nuevas naciones” del siglo XVI alcanzaron el “desarrollo”? Era una idea deficiente porque supone que todos los Estados siguieron trayectorias paralelas e independientes hacia algo llamado “desarrollo”. No obstante, esta idea deficiente me condujo a leer acerca de Europa occidental en el siglo XVI y, desde ahí, dirigí mi atención hacia realidades que no había previsto.

En mi perspectiva de ese tiempo, discutía sobre todo con los sociólogos weberianos –no con el mismo Max Weber, sino con la utilización de sus categorías en la sociología del período posterior a 1945 en Estados Unidos (y, en cierta medida, en el mundo). El libro de Weber sobre la ética protestante fue ampliamente interpretado en el sentido de que la existencia de ciertos tipos de valores constituía un prerequisite necesario para el surgimiento de lo que, en el

periodo post-1945, se llamó la modernización o el desarrollo (económico). El procedimiento académico usual de aquel tiempo era examinar, país por país, la existencia o la aparición de tales valores. El resultado fue la creación de una especie de jerarquía de orden cronológico de la marcha del progreso. ¿Cual país fue el primero? ¿Cuál vino después? ¿Cuál podría ahora ser el siguiente? Y como una cuestión derivada: ¿qué tuvo que hacer un país para ser el siguiente?

Procuré desafiar esa narrativa de varias formas. En primer lugar, insistí en que este proceso no se podía examinar país por país, sino, sólo dentro de una categoría más amplia que denominé un sistema-mundo (la palabra “mundo” no es sinónimo de “global”). Un mundo, no *el* mundo, tal como señala expresamente Fernand Braudel.

En segundo lugar, propuse que los valores en cuestión *seguían*, más que precedían, a las transformaciones económicas ocurridas. Planteé que era únicamente mediante la colocación de los diversos Estados en sus relaciones entre sí que podría entenderse por qué fue que sólo algunos se convirtieron en líderes del rendimiento productivo y la acumulación de la riqueza.

Y, en tercer lugar, rechacé la principal antinomia de los weberianos post-1945, de lo moderno vs. lo tradicional. Preferiblemente, compartí los argumentos cultivados por los llamados *dependentistas*, como Samir Amin y André Gunder Frank, quienes formulaban que lo “tradicional” era tan reciente como lo “moderno”, que los dos emergieron en tándem, de modo que, podía hablarse en los términos de la famosa frase de Frank (1966) del “desarrollo del subdesarrollo”.

Esperaba ser condenado por los weberianos post-1945. Si bien regularmente no aceptaban mis argumentos, en general tendían a recibirlos de modo cortés, a pesar de que les parecía que resucitaba tesis marxistas (que ya habían sido abandonadas o deberían haberlo sido por los estudiosos serios). Pienso que se sorprendieron por el hecho de que me había realmente sumergido en la historia del siglo XVI, mientras que muchos de ellos simplemente se habían basado en un resumen abreviado (y en algunas veces distorsionado) de las tesis weberianas, con el fin de discutir el material del siglo XIX. Además, como Terence Hopkins y yo hicimos notar en un artículo conjunto poco tiempo después (1977), muchos de los denominados análisis comparativos hechos por los adeptos a la modernización, implicaban la comparación de datos actuales en un país no occidental con supuestos datos (no estudiados empíricamente) sobre los Estados Unidos (o tal vez de algún otro país de Europa occidental), un ejercicio que nos pareció completamente ilegítimo.

En cualquier caso, las críticas directas mayores venían de otra parte. Había tres clases importantes de críticas. Las que considero las críticas principales son las que rechazan el análisis de los sistemas-mundo como modo de análisis cuyos fundamentos no están en consonancia con el modo

de análisis de ellas, que conciben claramente como superior. Luego, están las críticas que defino como mínimas porque se concentran en detalles. Sostenidas por quienes aceptan la legitimidad del análisis de los sistemas-mundo, al menos hasta cierto punto, pero que discuten mis descripciones históricas sobre la base de que me equivoqué en la información, en la interpretación de algunos datos empíricos relevantes o que señalan que he omitido algunos tipos destacados de datos. La tercera clase de críticas, que emergieron solamente en los años noventa, provinieron de aquellos que buscaron revisar las premisas básicas del análisis de los sistemas-mundo a través de remover el guión y el plural –esto es, insistiendo que sólo existe y siempre ha existido un único “sistema mundo” desde hace 5 mil años–. Vamos a considerar cada una de estas críticas y sus subclases.

1. Las críticas principales

Si los weberianos post-1945 pensaban que era demasiado marxista, los marxistas ortodoxos pensaban que no era marxista en lo absoluto, sino todo lo contrario, un “neo-smithiano” (Brenner, 1977; Zeitlin, 1988). Lo que quiero decir por marxista ortodoxo es aquel marxista de partido –de ese marxismo definido por el partido socialdemócrata alemán, definido por el partido Comunista de la Unión Soviética y, de hecho, según la definición de muchos partidos trotskistas–.

Si bien estos grupos diferían radicalmente en sus estrategias políticas y en sus interpretaciones de lo que había sucedido políticamente en los distintos países durante el siglo XX, estaban de acuerdo con ciertas premisas fundamentales. La primera consistía en la naturaleza de la lucha de clases bajo el capitalismo, principalmente entre el proletariado urbano emergente y el productor capitalista (ante todo, los empresarios industriales). La segunda era la primacía de la base económica en relación a la superestructura política y cultural. La tercera, la primacía de los factores internos (es decir, aquellos endógenos a un país) sobre los factores externos (es decir, aquellos exógenos a un país) en las explicaciones causales. La cuarta consistía en la inevitabilidad del progreso en términos de una secuencia de los diferentes modos de producción.

La acusación de los marxistas ortodoxos fue que el análisis de los sistemas-mundo, de un modo u otro, violaba todas estas premisas. Esta acusación, en cierta medida, estaba justificada. Cuestionando el Volumen I de *El Moderno Sistema-Mundial*, la crítica era que había presentado una explicación supuestamente circulacionista, cuando debería haber argumentado en términos de lo que había sucedido en la esfera de la producción. Esto significaba que, al analizar las relaciones centro-periferia, estaba ignorando la lucha de clases en Inglaterra como la explicación del desarrollo capitalista estando a favor de un

factor considerado externo, como la naturaleza y el flujo del comercio entre las Américas y el noroeste de Europa.

Por supuesto, el punto es ¿interno o externo respecto de qué? Para los marxistas ortodoxos, interno era siempre definido como interno a las fronteras políticas de un país. La “economía” era un constructo nacional. Las clases eran nacionales. Había países que eran o no capitalistas. Este debate era fundamental. Me encontraba en el proceso de desarrollar una perspectiva alternativa en torno al capitalismo. Desde mi forma de ver las cosas, el capitalismo era la característica de un sistema-mundo, del tipo específico que denominé economía-mundo. Las clases eran clases de este sistema-mundo. Las estructuras estatales existen dentro de este sistema-mundo.

Mis oponentes desde esta corriente de pensamiento fueron muy intransigentes sobre su punto de vista. Con los años, sin embargo, llegaron a ser cada vez menos en número. Esto tiene menos que ver con la persuasión de mis escritos, que con la evolución de la situación en el sistema-mundo moderno. Los movimientos políticos que habían sostenido estos puntos de vista, aún en los años sesenta, fueron profundamente cuestionados por las fuerzas que constituyeron la revolución mundial de 1968. Fueron puestos a la defensiva por el surgimiento de fuertes movimientos que insistieron en la importancia del género, la raza, la etnicidad y la sexualidad en los análisis de la realidad social. Fueron puestos a la defensiva por la política neoliberal contraofensiva de la década de los ochenta y la aceptación generalizada de un concepto llamado globalización. En consecuencia, hoy en día son pocos los que adoptan la visión analítica tradicional de los marxistas ortodoxos de la década de los sesenta.

Estuvo también lo que considero una postura intelectual de última hora del modo marxista ortodoxo de análisis. Fue la escuela de pensamiento, sumamente vigorosa en los setenta, llamada “articulación de los modos de producción” (Wolpe, 1980). Desde mi punto de vista, lo que este grupo hizo fue asentir al argumento de que no se podía analizar la realidad social únicamente dentro de los confines de un solo país. Vieron que algo estaba pasando en el sistema-mundo, aunque evitaron el uso de ese término. Su revisión fue esencialmente para sugerir que mientras que un país puede ser capitalista y otro seguir siendo feudal, de algún modo, se relacionan uno con otro en formas específicas e importantes. Argumentaron que los dos modos de producción estaban “articulados” entre sí y que, por tanto, cada uno se veía afectado de alguna manera por el otro.

Consideré que esta posición se quedaba a medio camino de la meta a alcanzar, como poco convincente y que no tenía nada de importancia que añadir a nuestra capacidad de comprender la realidad social. En todo caso, esta escuela, después de florecer durante más o menos una década, simplemente se desvaneció. No conozco a nadie que actualmente siga utilizando este enfoque.

Otra escuela que era muy hostil, casi completamente hostil, con el análisis de los sistemas-mundo fue la nomotética tradicional de los economistas y los sociólogos. Para ellos, lo que estaba haciendo, cuando se dignaron a hacer caso sobre el asunto, en el mejor de los casos era periodismo, en el peor sólo argumentación ideológica. En general, trataron el análisis de los sistemas-mundo con rechazo y desprecio, rara vez se dignaron siquiera a discutir, excepto cuando se les llamó para ser críticos anónimos con grandes planteamientos.

Esta negligencia deliberada enmascaraba miedo. Este grupo consideraba al análisis de los sistemas-mundo, en cada una de sus partes, tan peligroso como lo hicieron los marxistas ortodoxos, aunque por razones absolutamente diversas. Se dieron cuenta de lo que estaba en juego. Recientemente, Stephen Menell (2009) señaló correctamente que mi libro:

es, en realidad, un histórico y enorme intento de refutar la “ley de las ventajas comparativas”, aparentemente eterna, de David Ricardo, mostrando cómo las desigualdades inicialmente pequeñas en las relaciones de interdependencia entre las sociedades y las economías, se han ido magnificando con el tiempo para producir diferencias enormes entre lo que hoy se llama, eufemísticamente, el “Norte” y el “Sur”.

Puesto que la ley de Ricardo ha sido, en efecto, una premisa central y crucial de la *mainstream* de la macroeconomía, no es de extrañar que mis argumentos fueran tratados tan negativamente.

Sin embargo, en la medida en que el análisis de los sistemas-mundo ganó fuerza en las estructuras del conocimiento, ciertos representantes de la nomotética de la *mainstream economics* empezaron a producir análisis que tenían la intención de refutar empíricamente las premisas heréticas que habían sido adelantadas por nosotros. Estos críticos estaban particularmente ansiosos en mostrar que el análisis de los sistemas-mundo no explicaba por qué, en el mundo contemporáneo, algunos países fueron más “desarrollados” que otros, ni por qué algunos países presuntamente subdesarrollados mejoraban su situación nacional más que otros. Esta escuela opositora es tan persistente como la de los marxistas ortodoxos. Probablemente sea más duradera.

Existe una tercera crítica importante. Proviene de la denominada escuela estatal-autonomista. Basaron sus argumentos en gran parte en su interpretación de la perspectiva de Otto Hintze. Hintze fue un historiador político alemán que escribió (en gran medida a inicios del siglo XX) sobre la organización militar y la geopolítica. Fui objeto de dos análisis críticos importantes (Skocpol, 1977; Zolberg, 1981), ambos invocaban específicamente a Hintze. Los dos sostenían que había colapsado falsamente las arenas de los análisis políticos y económicos al unirlos en una sola arena, dando en efecto primacía a la arena económica.

Por supuesto, había hecho más o menos eso. Había rehusado aceptar la autonomía de la arena política, o la concepción de que se rige por normas que eran diferentes o incluso la antítesis de que las que regulan el ámbito económico. Había insistido en mi libro en un análisis holístico, en el que las instituciones políticas eran simplemente una estructura institucional al lado de otras dentro del sistema-mundo moderno. A pesar de que traté de explicar la falacia de esta presunta separación de las dos esferas en los volúmenes posteriores, especialmente en el Volumen II de *El Moderno Sistema-Mundial*, esta crítica ha demostrado capacidad de permanencia, en el sentido de que existen todavía hoy muchos que consideran que el análisis de los sistemas-mundo es demasiado “economicista”, lo cual es una forma de implicar que en su opinión es demasiado “marxista”.

De hecho, los neo-hintzeanos fueron descuidados en su invocación de Hintze, tal como lo fueron los neo-weberianos en su invocación de Weber. Hintze en su ensayo de 1929 (1975) sobre “Economía y Política en la Era del Capitalismo Moderno”, concluye con estas dos sentencias:

Con todo, los años de guerra (1914-1948) y la década que ha transcurrido desde entonces, no ofrecen ninguna evidencia de un desarrollo económico autónomo del capitalismo, totalmente independiente del Estado y la política. Muestran más bien, que los asuntos del Estado y del capitalismo están inextricablemente interrelacionados, que son sólo dos lados, o aspectos, de uno y el mismo desarrollo histórico.

Por supuesto, este es exactamente el argumento en mi libro.

Finalmente, estaban las críticas que venían desde la escuela “cultural”. Recuérdense dos puntos acerca de la escuela cultural.

Primero, que el análisis teórico liberal tradicional de la modernidad rompió la vida moderna en tres esferas —la económica, la política y la sociocultural—. Esto se vio reflejado en la creación de tres disciplinas separadas dentro de las ciencias sociales del mundo moderno: la economía, concerniente al mercado; la ciencia política, concerniente al Estado; y la sociología, encargada de todo lo demás (de lo que a veces es llamada la sociedad civil). Esta predilección ideológica liberal, necesariamente, dio lugar a un debate acerca de la prioridad causal entre las tres esferas. Los marxistas ortodoxos y la *mainstream economics* dieron prioridad causal a la esfera económica. Mientras que la escuela estatal-autonomista se la otorgo implícitamente a la esfera política. Era de esperarse que habría quién le otorgara la prioridad causal a la esfera cultural.

El segundo punto a recordar es el impacto de la revolución mundial de 1968 sobre los debates teóricos. Para muchos, lo que había sucedido en 1968 fue la debacle final (y, por con-

siguiente, la negación intelectual) del campo economicista. Poco antes, Daniel Bell (1960) había hablado del “fin de la ideología” con un fuerte ataque sobre la relevancia del marxismo y los movimientos marxistas en el mundo post-1945. Después de 1968, un nuevo grupo formuló la despedida del marxismo desde un punto de vista diferente. Este grupo exigió la “deconstrucción” conceptual y expuso el final (y la inutilidad) de los “grandes relatos” o de las “narrativas dominantes” (Baudrillard, 1975, 1981, 2008). Básicamente, lo que plantearon fue que el campo economicista, en particular la ortodoxia marxista, había descuidado la centralidad del *discurso* en la evolución de la realidad social. Además, los marxistas ortodoxos habían dejado de lado las prioridades de aquellos afectados por problemas de género, raza, identidad étnica y sexualidad, a favor de la prioridad de “la revolución” cuyo sujeto histórico era “el proletariado”. Fui criticado por no unirme a este campo cultural (Aronowitz, 1981).

Cuando este grupo condenó los grandes relatos, arrojó el análisis de los sistemas-mundo en la misma canasta que al marxismo ortodoxo y la teoría weberiana de la modernización, a pesar de que el análisis de los sistemas-mundo había formulado críticas, prácticamente idénticas a las suyas, de los grandes relatos de la ortodoxia marxista y de la modernización. Pero, por supuesto, el análisis de los sistemas-mundo lo estaba haciendo mediante la presentación de una gran narrativa. Nos negamos a tirar al niño con todo y el agua sucia.

El destino de esta crítica está ligado a la suerte de todo el movimiento de los “estudios culturales”. Hubo un error fatal en la coherencia organizacional de este campo. Una fracción estuvo principalmente interesada en insistir en la prioridad de la esfera cultural, de hecho es su único interés intelectual. Pero otra fracción estuvo principalmente interesada en la restauración de la centralidad de los roles de las “personas olvidadas”. La alianza se rompió cuando el último grupo comenzó a interesarse en los grandes relatos, apenas diferentes a aquellos usados antes de 1968. Este grupo comenzó a formular una nueva trinidad de preocupaciones —el género, la raza y la clase; o la clase, el género y la raza; o la raza, el género y la clase—. Una vez que la nueva trinidad entró en amplio uso en el ámbito universitario, algunos de los que estaban interesados principalmente en las “personas olvidadas”, cesaron de condenar el análisis de los sistemas-mundo y comenzaron a intentar encontrar formas de conciliar con él o tratar de ajustarlo para que tomara más en cuenta sus prioridades (Grosfoguel 2002; Mignolo, 2000, 2006; véase también, Balibar and Wallerstein, 1991).

Las críticas más importantes fueron realizadas en los años transcurridos desde 1974. Al llegar a la década de los noventa, muchos de sus autores habían abandonado la escena, aunque algunos todavía estén haciendo las mismas críticas. Sin embargo, las críticas principales son ahora bien

conocidas y han caído en segundo plano en la discusión concerniente al análisis de los sistemas-mundo, que cada vez más es visto simplemente como un paradigma rival en la ciencia social mundial contemporánea. Esto significa que las críticas mínimas están absorbiendo cada vez más la atención.

2. Las críticas mínimas

Las críticas mínimas se centran alrededor de tres temas diferentes: las fronteras espaciales del sistema-mundo moderno, los límites temporales del sistema-mundo moderno y las variables institucionales que deben tomarse en consideración. El Volumen I de *El Moderno Sistema-Mundial* fue muy claro acerca de los límites temporales y espaciales que procuró establecer. Fue, quizás, menos claro sobre la gama de variables institucionales que podían ser relevantes.

Empecemos con las fronteras espaciales. El argumento del libro es que existen fronteras reales de lo que debe ser considerado dentro y fuera de la economía-mundo capitalista. Sostuve que *dentro* de esas fronteras se podía hablar de centro, periferia y semiperiferia. El capítulo 6, sin embargo, está dedicado a lo que se ubica *fuera* de estas fronteras, lo que denominé la arena externa. Además, traté de especificar cómo se podría distinguir la diferencia entre una zona periférica de la economía-mundo y el área externa.

El argumento básico era que se podía distinguir entre el comercio de mercancías a gran escala y el comercio de bienes suntuosos, el primero pero no el segundo conformaba el intercambio desigual. Después, desarrollé la argumentación de esta distinción con más detalle (Wallerstein, 1973). Usando esta distinción, sugerí fronteras específicas. Polonia y Hungría eran parte del sistema-mundo moderno en el siglo XVI. Rusia y el Imperio Otomano no. Brasil estaba dentro y el subcontinente indio fuera.

Hubo dos contestaciones a estas afirmaciones empíricas. Una propuso que la distinción entre el comercio de mercancías a gran escala y de bienes suntuosos era mucho más borrosa de lo que había planteado y que no se podía utilizar para establecer fronteras sistémicas. La otra fue completamente diferente. Propuso que algunas de las áreas que planteé que se ubican fuera se dedican de hecho al comercio a gran escala como partes de la economía-mundo capitalista, por tanto, que, sobre la base de mi distinción, deberían ser vistas “dentro” de las fronteras de ella.

Frente a lo que he denominado las críticas principales, no dí cuartel. Sigo negándome a aceptar la legitimidad de estas objeciones al análisis de los sistemas-mundo. Ante la crítica sobre las fronteras espaciales, señalé desde el principio que estaba dispuesto a escuchar atentamente las afirmaciones empíricas y, cuando pareciesen fuertes, a aceptar revisiones sobre el argumento empírico. Hans Heinrich Nolte (1982) ha sostenido durante mucho tiempo que, en el siglo

XVI, Rusia era tan parte del sistema-mundo moderno como lo era por igual Polonia. Frederic Lane (1979) sostuvo lo mismo con el Imperio Otomano, sin presentar su argumentación en detalle. Sin embargo, mucho más tarde, Faruk Tabak (2008) describió con una argumentación muy fuerte por qué debería verse todo el Mediterráneo oriental (en gran medida el Imperio Otomano) como parte integrante del sistema-mundo moderno en el siglo XVI.

Sobre la distinción entre el comercio a gran escala y de bienes suntuarios, se efectuaron varios intentos por deshacer la validez de esta distinción (Schneider, 1977; Chase-Dunn, 1998; Hall, 1986, 1989). Sabía desde el principio que había dificultades para argumentar la distinción. He escarmentado con la fuerza de los contra-argumentos. Sigo pensando que mi punto básico es convincente. Pero en todo caso, como formulé después (Hopkins, Wallerstein, Kasba, Martin y Phillips, 1987), incluso si tuviera que reconocer un cuadro más complejo de lo que constituye la “incorporación” a la economía-mundo capitalista, el concepto de que había zonas fuera del funcionamiento del sistema pero con algún tipo de relación comercial con él, sigue siendo una idea crucial. Sienta las bases para la comprensión sobre cómo el sistema-mundo moderno no era en su extensión global en sus inicios y cómo llegó a serlo tan sólo más tarde (a mediados del siglo XIX). En mi opinión, aún queda mucho espacio para una gran cantidad de debates teóricos y empíricos en torno a las fronteras espaciales.

Los límites temporales son aún más difíciles. Muchas de las críticas mínimas quieren empujar las fechas de inicio del sistema-mundo moderno al siglo XIII (Braudel, 1991, 1992; Arrighi, 1994; Mielants, 2008, véase también Cox, 1959). Janet Abu-Lughod (1989) trató de hacer algo un poco diferente. Quería mirar a la Europa del siglo XIII en sus relaciones comerciales con muchas partes diferentes de la masa terrestre de Eurasia, con el fin de arrojar una luz un tanto diferente en la explicación del “ascenso” de Europa en el siglo XVI.

Gran parte de este debate sobre los límites temporales se redujo a un debate sobre la naturaleza del feudalismo europeo. Había hecho una distinción fundamental entre el “primer” feudalismo, el de la Europa medieval, que corresponde con lo que usualmente se entiende por feudalismo, y el “segundo” feudalismo, el del siglo XVI, que lo he visto ser equivocadamente catalogado como tiempo de cultivos comerciales de trabajo coercitivo. Reconocí después que el capítulo más débil dentro del Volumen I fue el primero, “Preludio Medieval”. He construido lo que equivale a una versión revisada de ese capítulo en un volumen dedicado a China y el capitalismo (Wallerstein, 2002).

El problema central aquí consiste en que, desde mi perspectiva, no existe un marco teórico macrohistórico que haya alcanzado una explicación satisfactoria de la naturaleza del feudalismo europeo en lo que se suele

considerar su apogeo, el periodo 1000-1500 d.C. Algunos lo ven como un tipo de sistema proto-capitalista y, desde ahí, mueven las fechas del sistema-mundo moderno hacia atrás para incluirlo dentro de su marco temporal. Otros lo ven como la antítesis misma del capitalismo y, desde ahí, mueven el capitalismo hacia adelante, alrededor de 1800, la fecha más ampliamente aceptada para la aparición del mundo moderno (Anderson, 1974; Dupuy y Fitzgerald 1977; Stern, 2001, y respuesta de Wallerstein, 2001).

Mi punto de vista es que el sistema feudal de la Europa medieval se define mejor como un imperio-mundo desintegrado, mantenido apenas unido, por la Iglesia Católica Romana. Por supuesto, considero, como propongo en ese volumen, que existieron fuerzas en su interior que pugnaron por la transformación en una economía-mundo capitalista pero, en mi opinión, fallaron. Lo que califico como fracasos, algunos otros lo ven como un primer paso.

Lo que considero crucial es percibir que la creación de la economía-mundo capitalista fue sumamente difícil. Intenté, en un artículo ulterior, explicar las condiciones excepcionales que la hicieron posible. En el Volumen II de *El Moderno Sistema-Mundial*, procuré explicar cómo este frágil principio se consolidó en el siglo XVII. Conceptualicé al siglo XVII no como una “crisis”, que suscitara una especie de retorno al “feudalismo”, sino como el endurecimiento de la estructura de la economía-mundo capitalista. Considero que esta consolidación fue la que hizo posible que, a la postre, se expandiese el sistema aún más tanto intensiva como extensivamente.

Así, al final, aunque me he inclinado un poco hacia estas críticas mínimas, sigo convencido de la certeza esencial de los límites espaciales y temporales para el período de inicio del sistema-mundo moderno.

Fueron los parámetros institucionales de la economía-mundo capitalista los que, quizás, se establecieron insuficientemente en el Volumen I. Dedicué casi toda mi energía, tratando de establecer que el sentido de lo que estaba ocurriendo en el ámbito económico era capitalista en esencia. Aunque la industria fuera un pequeño segmento del aparato productivo total, insistí en que los ojos deberían centrarse, especialmente, sobre la agricultura. Si bien el trabajo asalariado era todavía una parte relativamente reducida de la modalidad de remuneración de la fuerza de trabajo, traté de mostrar que el capitalismo involucró más que trabajo asalariado. Aunque la burguesía, según la definición clásica, parecía un grupo relativamente pequeño, insistí en que se viera a la aristocracia transformándose a sí misma en burguesía. Todo esto fue parte de mi intento de revisar radicalmente el análisis del capitalismo como un modo de producción. He escrito extensivamente sobre todos estos temas desde 1974 y ahora existe una especie de resumen condensado de mis puntos de vista en *Análisis de sistemas-mundo: Una Introducción* (Wallerstein, 2006).

En los años posteriores a 1974, fui impugnado por descuidar todos los ámbitos no económicos: el ámbito político, el ámbito cultural, el ámbito militar y el ámbito ambiental. Todas estas críticas insistían en que mi estructura era demasiado “economicista”. Ya he discutido mis puntos de vista sobre las críticas acerca de los ámbitos político y cultural. Quiero agregar que he intentado hacer más clara mi comprensión del ámbito político en el Volumen II y de la esfera cultural en el Volumen IV, así como en *Geopolítica y geocultura* (1991).

Fui recriminado por Michael Mann (1992) y William McNeill (1982) por mi descuido del ámbito militar y, en particular, por mi negligencia ante la importancia de la tecnología militar. No pienso que fuera totalmente correcto. Hablé de la tecnología militar y su papel aquí y allá, en este volumen y en volúmenes posteriores de la obra. Pero, en general, considero que Clausewitz tenía razón en su famosa declaración de que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Pero, si esto es así, uno debe tener cuidado de darle demasiada autonomía analítica al aspecto militar (véase también Arrighi, 1998).

Finalmente he sido criticado por descuidar el medio ambiente (Chew, 1977). Al principio, me sentí inclinado a decir que ciertamente no tenía intención de hacerlo. Pero he sido salvado de esta excusa excesivamente acomodada por Jason Moore (2003), quien hizo una lectura cuidadosa del Volumen I para mostrar el grado en que había incorporado y hecho central en mi análisis a los factores ecológicos y epidemiológicos y sus consecuencias en la construcción de la economía-mundo capitalista. Estaba, en realidad, sorprendido al darme cuenta del grado en que lo había hecho.

La mejor respuesta a la crítica acerca de dejar fuera varios parámetros institucionales en el Volumen I es que no se puede hacer todo al mismo tiempo. Pienso que leyendo el corpus de mi obra, una persona razonable, verá el grado en que soy fiel a mi premisa epistemológica de que sólo un análisis verdaderamente holístico nos puede decir algo importante acerca de cómo funciona el mundo real.

3. El punto de vista revisionista del sistema-mundo

A partir de la década de los noventa, surgió un grupo importante de académicos que, de modos diferentes, sostuvieron que al papel de China en el mundo moderno se le ha prestado muy poca atención, dando lugar a una visión muy distorsionada del mundo. Algunos lo hicieron poniendo énfasis en la existencia y persistencia, desde el siglo XV hasta nuestros días, de un sistema de tributo/comercio de Asia Oriental organizado por China (Hamashita, 1988; Arrighi, Hamashita, Selden, 2003; Arrighi, 2007). Otros lo hicieron sugiriendo que las comparaciones

económicas entre China y Europa Occidental fueron, considerablemente, hechas sin base (Pomeranz, 2000).

André Gunder Frank fue mucho más lejos. Fue uno de los primeros participantes en el análisis de los sistemas-mundo. En la década de los setenta, él mismo había escrito libros (2008, 2009) que sostenían que el origen del sistema-mundo moderno estaba en el siglo XVI. Sin embargo, en la década de los noventa, hizo un cambio importante en su análisis. Tanto en sus libros (1990) como en el texto elaborado conjuntamente con Barry Gills (1996), sentó la hipótesis de que el sistema mundial (el único sistema mundial) tuvo su origen hace unos 5 mil años. Insistió en que este sistema mundial podía ser analizado utilizando muchas de las herramientas básicas del análisis de los sistemas-mundo, tales como las ondas largas que fueron simultáneas en todo el sistema.

No sólo insistió en que este singular sistema mundial existe desde hace 5 mil años. También insistió en que China había sido siempre (o casi siempre) el eje central de este sistema mundial único. Calificó “el ascenso” de Europa como limitado al siglo XIX y una parte del siglo XX, y lo consideró una interrupción momentánea para este sistema sinocéntrico. Sostuvo que aquellos que concebimos que el sistema-mundo moderno se originó en Europa, ya sea en el siglo XVI o antes, éramos culpables de eurocentrismo. El cargo abarcaba tanto a Fernando Braudel como a mí, tanto a Marx como a Weber.

Su libro principal, *Re-Oriente: Economía Global en la Era Asiática (1998)*, ha sido ampliamente leído y discutido. Tres de sus colegas y anteriores co-autores en el campo del análisis de los sistemas-mundo, Samir Amin, Giovanni Arrighi y yo, escribimos largas críticas del libro.¹ Mis propias críticas se basaron en torno a tres puntos.

En primer lugar, señalé que el argumento de Frank era básicamente el de la economía neoclásica. Era, en efecto, a diferencia de otros trabajos dentro del análisis de los sistemas-mundo, realmente “circulacionista”.

En segundo lugar, señalé que respecto de sus análisis empíricos sobre las relaciones de Europa Occidental con China, entre los siglos XVI y XVIII, centrados en gran medida en el flujo de metales preciosos, podía demostrarse que eran incorrectos utilizando como base los datos que el mismo Frank proporcionaba. Además, formulé que dos análisis empíricos

tempranos de Frank (de 1978), son esencialmente correctos y sirven para deshacer los argumentos de esta obra posterior.

En tercer lugar, aún más importante, subrayé que su modo de análisis eliminó al capitalismo del cuadro histórico general. Había demostrado yo que el siglo XVI marcó la creación de una economía-mundo *capitalista*. No había forma bajo la cual Frank o cualquier otro, pudiera argumentar que el capitalismo data de hace 5 mil años. De ser así, se anula todo significado a la palabra. Frank realmente lo admitió, al aceptar que ya no creía que capitalismo fuera un concepto intelectual útil.

Un último problema de esta perspectiva sinocéntrica de la historia del mundo, fue el papel ambiguo que Frank le dio a la India en todo el análisis. India parecía a veces ser incluida en un mundo “asia-céntrico”, en otras parecía ser excluida de un mundo sinocéntrico. El reciente libro de Amiya Bagchi (2008) hace que la ambigüedad de la evaluación de Frank sobre la India quede muy clara. Bagchi, que es historiador de la economía de la India, así como estudioso de las trayectorias económicas contemporáneas del este y el sur de Asia, prefiere analizar la historia moderna de India en el contexto de la emergencia de la economía-mundo capitalista.

Si esta revisión radical del análisis de los sistemas-mundo continuará jugando un papel intelectual importante aún no puede preverse con claridad. Dependerá de las realidades empíricas cambiantes del sistema-mundo moderno mismo las próximas décadas.

Conclusión

Para mí, la escritura del Volumen I de *El Moderno Sistema-Mundial* fue el comienzo de una gran aventura, que ha sido en muchos sentidos desde entonces el foco central de mi vida intelectual. Ahora he elaborado el Volumen IV. Habrá por lo menos dos volúmenes más, posiblemente incluso uno séptimo. No sé si seré capaz de concluir su escritura. Quizás quede exento de hacerlo, debido a que he escrito muchos ensayos que cubren material que sería el contenido de los volúmenes V y VI. Así que mi acercamiento a los períodos 1873-1968 y 1945-20? está ya disponible en forma impresa. Sin embargo, escribir ensayos y el trabajo de construir una narración sistemática no son la misma cosa. Espero ser capaz de hacer esto último.

En cualquier caso, estoy convencido —¿cómo no podría estarlo?— que el análisis de los sistemas-mundo constituye un elemento necesario en la superación de los paradigmas constrictivos de las ciencias sociales del siglo XIX. No es, como he dicho en un detallado itinerario intelectual (2001), ni una teoría ni un nuevo paradigma (aunque otros piensan que es las dos cosas), sino una “convocatoria a un debate sobre el paradigma”. El Volumen I de *El Moderno Sistema-Mundial* sigue siendo el eje original y crucial en esta convocatoria.

¹ [*Mundo Siglo XXI* realizó el trabajo pionero de introducir la discusión en español de *Re-Oriente* de Gunder Frank en México y América Latina cuando todavía no estaba ni traducido. Tuvimos el gusto de publicar en nuestros nos. 5, 6 y 7, respectivamente, “La historia concebida como ciclo eterno” de Samir Amin, “El Mundo según André Gunder Frank” de Giovanni Arrighi y “Frank demuestra el milagro europeo” de Immanuel Wallerstein. Ahí se juega quizás el debate contemporáneo más relevante en torno al origen del capitalismo mundial. Nota de Luis Arizmendi].